

ral, que preside á todo el cuerpo, y que tiene cuidado para la gloria y utilidad de la Compañía, de hacer y mantener esta division de sentimientos, que debiera costar á la Iglesia el trastorno del cristianismo. ¡Tales cosas deben causar vergüenza haberse pensado ó supuesto, por poco que se medite y reflexione!

Eudoxio, satisfecho de lo que Cleandro acababa de advertirle, le dice: Habetis tocado el verdadero punto de la cuestion; y esta simple exposicion que acabais de hacer, descubre por sí misma el flaco, pero el flaco esencial de las cartas de Pascal; y debo confesaros, que hace tiempo que yo tenia mis escrúpulos sobre este bello sistema, á pesar de la manera seductora con que se propone. El encierra, ó supone ciertas paradojas, que no tienen ninguna probabilidad, y que son muy distantes de las ideas ordinarias: porque segun lo que pretende Pascal habernos enseñado del gobierno de los Jesuitas, es necesario que todos los que han tenido parte en él, despues de un tiempo muy dilatado, hayan sido, no solamente grandes políticos, (y yo conozco muchos á quienes seguramente no conviene este elogio) sino tambien grandes malvados y declarados libertinos, que hubiesen renunciado á toda piedad y Religión: porque, en una palabra, ¿de qué se trata aquí, segun Pascal? De nada menos que de trastornar todo el Evangelio, de introducir una Moral toda carnal, en lugar de la de Jesucristo, de profanar nuestros mas augustos misterios; y esto á sangre fria, de concierto, con método, y tomando

expresamente medidas, marcando la parte que cada uno debe tener en esta execrable conspiracion, en que unos deben representar la persona de *severos*. y los otros de *dulces* y *acomodadores*. Así, no solamente los superiores, mas todos sus teólogos, sus confesores y directores, entran en un complot tan reprobado; es decir, los dos tercios de este grande cuerpo; porque exceptuando los jóvenes, que aun no han recibido los sagrados órdenes; todos, ó casi todos, los unos mas, los otros menos, son empleados en la direccion de las almas. Ahora, yo os hago advertir, que ni vos, ni yo, ni ninguno de París, ó del resto de la Francia, ni aun los mismos que se llaman Jansenistas, no creerán jamás á alguno de los Jesuitas particulares, que conozcan y traten un poco, capaz de semejantes excesos: yo, al menos, no he visto á nadie, que me diga de alguno en particular: «Este Jesuita que conozco, es un libertino, un ateo, un hombre sin conciencia, y que vende su alma por la gloria é interés de su Compañía.» Se les hace tambien en general el honor de atribuirles ciertas virtudes, que pueden conservarse tan poco sin fé y temor de Dios, como éstas con los principios de tan reprochable política.

¿Mas, qué digo sus superiores, directores y misioneros? Despues que Pascal ha revelado todos estos pretendidos misterios, y que las *Provinciales* han sido leídas por todos los Jesuitas, despues que en virtud de estas cartas, tantas gentes se creen con dere-

cho á acusarlos «de moral relajada;» todos estos jóvenes Jesuitas, á quienes se habia ocultado hasta entonces el secreto de la orden, y que la mayor parte tienen talentos, ¿no habrán abierto los ojos, no tendrán horror de permanecer en un cuerpo tan corrompido? ¿Qué desercion no debió experimentarse á favor de un motivo tan especioso y razonable? Porque en este orden no pasa lo que en los otros: siempre hay en él «una puerta abierta, ó al menos que se abre» á los que están bien resueltos á salir; ¿y qué pretexto mas propio podia presentarse para disimular su relajacion ó inconstancia? Y respecto de aquellos, que por su mala conducta son expulsados alguna vez de la Compañia: ¿podieran tener un medio mas seguro y mas fácil de vengarse, que revelar estos misterios? Los superiores de la Compañia, además de su política, tienen el arte de hechizar á las gentes, ó de convertir de un golpe en atéos, á tantas personas, que no han tomado el partido de retirarse del mundo, sino para librarse de su corrupcion. La política de los Jesuitas no puede ya ser un misterio entre ellos; y no siéndolo, seria un milagro sin ejemplar, si ninguno de ellos se escandalizase, y no lo descubriese al momento.

Seria tambien otro mayor prodigio, agrega Cleandro, el ver á unas gentes del carácter con que se nos pinta algunas veces á los Jesuitas, dirigirse todos unánimemente «á la gloria de su Compañia» por caminos «tan diferentes y desiguales» como son los empleos de esta re-

ligion. Se ven algunos en la corte disfrutando crédito y representacion, respetados, aplaudidos, honrados de la benevolencia, ó confianza de los Príncipes, mientras un número muy considerable muere de frio y de hambre en los bosques del Canadá; á otros, que van á arruinar con alegre corazon su salud por el resto de su vida, en las Islas de la América meridional, donde de treinta que pasan, apenas se hallarán dos que no sucumban con el tiempo á la malignidad del aire; sin hablar de las horcas de Inglaterra, de las hogueras y fosas del Japon, que han sido el patrimonio de multitud de sus misioneros; porque se dice con aseveracion, y se imprime públicamente, que los Jesuitas que están en estos paises «no valen mas que los de Francia.» Que se diga cuanto quiera, que ellos trafican y se enriquecen en estos paises remotos: á la verdad que esto seria arriesgar demasiado al comercio, y yo no conozco mercaderes que quisieran ser ricos á este precio. Estos buenos Padres, irán, pues, á dejarse asar y comer vivos por los iroqueses, á pasar los inviernos en los bosques con los salvages, sin mas reparo que una cabaña de ramas, donde el humo ciega y sofoca á los que se ponen al abrigo del frio; y todo esto por tener el honor de establecer por todas partes la *moral relajada*, dilatar la *gloria* de su Compañia; y para dar materia á los predicadores, á quienes se convida á predicar el dia de S. Ignacio, de cumplimentar á los Jesuitas de Paris por su zelo, sus funciones y demás trabajos apostólicos. Si esto es positivo, yo no desespere de

que se vea nacer un día alguna sociedad de vergantes, que uniéndose todos á robar, pillar y matar, convengan entre sí, que algunos de ellos gozen pacíficamente el botín y el fruto de las fatigas de los otros, sin exponerse jamás á ningun peligro; y que otros, despues de haber robado y pillado muy bien, sin sacar ningun provecho de sus trabajos, se hagan ahorcar y descuartizar vivos en los cadalzos, únicamente por el interés y la seguridad de sus compañeros.

Esto seria sin duda una vanidad bien refinada, y un orgullo de una especie particular; porque si es muy raro el ver dos hombres del mismo estado y edad, de un talento y mérito poco mas ó menos igual, unirse juntamente sin desavenirse jamás, ni dañarse el uno al otro en las ocasiones, por poca vanidad que tengan en la cabeza, y los posea el espíritu de orgullo: ¿cómo aquí se ven millares de hombres, los mas vanos que jamás existieron, si damos crédito al autor del sistema que examinamos, que la mayor parte están dotados de talentos y ciencia, que deberían naturalmente competir en los empleos: cómo se miran, repito, colocarse sin murmuracion en puntos tan desiguales, y entre los cuales hay tan notable diferencia para las comodidades de la vida, habitacion, alimentos, comercio con los otros hombres, ocupaciones, satisfaccion natural del espíritu, como hay entre las mas hermosas y mayores ciudades del reino, y los desiertos horrorosos de la América, y de Monomotapa? Ciertamente si así se procede por vanidad; si tal

es el efecto de la política, debe confesarse, que esto es su obra maestra.

Nótese, entre tanto, que por poco que se lean las *Provinciales* con atencion y sin preocuparse, no deja uno de convencerse, que Pascal no ha cumplido con su palabra. El emprende darnos á conocer el carácter de la política propia de los Jesuitas, como una de las mas sutiles, que pudo jamás intentarse en el mundo, y nos promete hacernos penetrar lo que ella tiene de mas fino y delicado: ¿mas cómo se conduce para esto? Haciéndoles elegir un medio «que les es comun, generalmente con todos los demás órdenes, comunidades y Universidades;» y que por consiguiente, ni nos manifiesta á estos Padres mas astutos que los otros, ó nos hace ver á todos tan sagaces como ellos.

En efecto, para hacer plausible esta diversidad de directores, de que los unos son *cómodos* y los otros *severos*, ha hecho inventar á los Jesuitas en la Teología la doctrina de las **OPINIONES PROBABLES**, segun la cual, dice, la contrariedad de las decisiones es, no solamente permitida, sino tambien útil y necesaria.

Esto no está mal pensado, dice Eudoxio; pues esta diversidad de directores, de que unos se manejan con severidad y otros con relajacion, se hace muy verosímil por la doctrina del **PROBABILISMO**, segun la cual, en efecto, los unos deciden frecuentemente de una manera, y los otros de la contraria.

Es verdad, contesta Cleandro: mas, por desgracia

de Pascal, se sabe, que esta doctrina es más antigua que los Jesuitas, y les es tan poco particular, que antes que se hubiera descreditado por las horribles pinturas que se han hecho de ella; es decir, antes de treinta ó cuarenta años, se enseñaba por todas partes. De manera, que los Jesuitas para disculparse sobre esto, han demostrado en un libro hecho expresamente (1) que esta opinion, «sea lo que fuere,» no es mas de su Compañia que de la Sorbona, que de la facultad de Teologia de Lovayna, que de los Dominicos, Franciscanos, y todos los demás; sosteniendo y probando hasta la demostracion, que ellos jamás han enseñado nada en esta materia «sino con los principales, y tambien con casi todos los doctores de estas diferentes escuelas.» Yo concluyo, por tanto, que si la doctrina de las opiniones probables es el secreto y el punto esencial de la política de los Jesuitas, los Dominicos, los Franciscanos, los Agustinos, la Sorbona, la Universidad de Lovayna, y todas las otras, saben por lo menos tanto como ellos en punto de política: que por una parte se hace demasiado honor á los Jesuitas atribuyéndoles mas talentos y habilidad, que á todas estas célebres corporaciones; y al mismo tiempo la mayor de todas las injusticias, haciendo bajo este pretesto, recaer únicamente sobre ellos, la corrupcion verdadera ó pretendida de la Moral del cristianismo.

Yo diré mas: vos hallareis, no solamente en todos es-

(1) *Quaestio Facti.*

tos cuerpos el fundamento admirable de la política de los Jesuitas, quiero decir «la doctrina de las opiniones probables,» sino tambien todo lo que depende de ellas, y con el mismo gracejo de que Pascal se ha servido tan espiritual y caritativamente respecto de los Jesuitas, yo os haré ver en la Sorbona, en la facultad de Lovayna, en la orden de Sto. Domingo y en las otras, directores de las dos especies, los *severos* y los *cómodos*; y substituyendo el nombre de estas comunidades al de los Jesuitas, os prepararé para la quinta de las *Provinciales*, á oír su «panegírico,» del todo semejante al que Pascal ha hecho de la Compañia, y yo tambien tendré de que reír tanto como ha hecho Pascal. Yo imitaría su juego, y con un tegido de pasages recogidos de diversos autores, colocados segun mi fantasia, sacaria las mismas consecuencias, haria las propias comparaciones, invectivas y apóstrofes, y terminaria dirigiéndome á los Dominicos ó á otros, como Pascal en su décima terea carta, dirigiéndose á los Jesuitas, en estos términos: «Concluyámos, pues, mis Padres, que vuestro **PROBABILISMO** vuelve los buenos sentimientos de algunos de vuestros autores inútiles á la Iglesia, y útiles solamente á vuestra política; ellos no sirven sino á mostrarnos por su contrariedad, la duplicidad de vuestro corazon, que nos habeis perfectamente descubierto, declarándonos por una parte, que algunos entre vosotros son contrarios al homicidio; y por otra, que muchos autores célebres están en su favor, á fin de ofrecer dos caminos á los hom-